



ALÉGRENSE en el SEÑOR

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Arzobispo de Newark

Septiembre 10, 2021. Vol. 3. No. 1.



Mis Queridos Hermanas y Hermanos en Cristo,

El miércoles 1 de septiembre, en su audiencia semanal, el Papa Francisco continuó su serie de reflexiones sobre la carta de San Pablo a los Gálatas. Según el Santo Padre, el tono profético de esta carta a veces puede parecer “duro” en comparación con las otras cartas de San Pablo. Pero como explica el Papa, en esta carta Pablo simplemente está desafiando a los Gálatas a permanecer fieles “a la belleza de la novedad de Cristo” en lugar de “preferir algo que nos atrae momentáneamente pero que luego nos deja vacíos por dentro”. También les está advirtiéndoles contra la adopción de lo que él llama “un ascetismo artificial” o rigidez en su vida cristiana.

Definitivamente hay algo profético en el estilo de enseñanza del Papa Francisco. Imaginen a Juan el Bautista con una sonrisa abundante predicando la “misericordia infinita” de Dios. No duda en llamar la atención sobre las formas en que somos suaves, perezosos o autoindulgentes, pero lo hace de maneras que nos dan esperanza y aliento. Estamos llamados a ser mejores, dice el Santo Padre. Estamos destinados a hacer más (y ser más) que simplemente quedarnos adentro donde es seguro y cálido. Estamos llamados a “salir de nuestras propias zonas de confort” para ser discípulos misioneros de Cristo (*Evangelii Gaudete*, #20).

Tendemos a pensar en los misioneros como otras personas (no nosotros) que reciben un llamado especial y dones únicos. Hemos llegado a pensar en los misioneros como clérigos, religiosos consagrados o laicos que viajan a tierras lejanas y soportan muchas dificultades para predicar el Evangelio a aquellos que no conocen a Jesucristo. El Papa Francisco nos dice que esta imagen no está mal, pero está incompleta. Todos estamos llamados a ser misioneros, discípulos de Jesucristo que llevan sus buenas nuevas a los demás—en nuestros hogares y lugares de trabajo, en nuestras parroquias y vecindarios, y en nuestras contribuciones personales de tiempo, talento y tesoro a la misión mundial de la Iglesia. “Antes que todo, dice el Santo Padre, “el Evangelio nos invita a responder al Dios de amor que nos salva, reconociendo a Dios en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos” (EG, #39).

El desafío evangélico de “vayan pues a las gentes de todas las naciones, y háganlas mis discípulos” tiene una dimensión tanto local como global para nosotros. Como dice el Papa Francisco, “La parroquia no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad”. Del mismo modo, el Santo Padre llama a las diócesis como la nuestra a someterse a una forma de “conversión misionera” (EG, #28-30). La flexibilidad es esencial para la eficacia de nuestro llamado como misioneros.

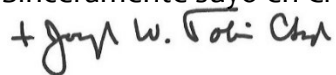
¿A dónde nos está guiando Dios como misioneros? Puede que no conozcamos los detalles, pero la dirección es clara. Estamos siendo invitados, y desafiados, a ir más allá de nuestras zonas de confort, a salir a los confines de la tierra y a ser misioneros por Cristo.

A algunos críticos les gusta contrastar los estilos de enseñanza del Papa Francisco y su predecesor, el Papa Emérito Benedicto XVI diciendo que donde Francisco enfatiza el Amor de Dios, Benedicto enfatiza la Ley de Dios. Nadie que haya escuchado a los dos papas o leído sus escritos puede honestamente hacer esta afirmación. Como las dos selecciones a continuación indican claramente, la catequesis dada por cada Papa en la carta de San Pablo a los Gálatas muestra una consistencia notable.

El Papa Benedicto dice que “en la Carta a los Gálatas en la que desarrolló principalmente su enseñanza sobre la justificación, San Pablo habla de la fe que obra a través del amor (cf. Ga 5, 14)”. Y el Papa Francisco enseña que “San Pablo nos invita también a reflexionar: ¿cómo vivimos nuestra fe? ¿El amor de Cristo, crucificado y resucitado de nuevo, permanece en el centro de nuestra vida diaria como fuente de salvación, o nos contentamos con algunas formalidades religiosas para salvar nuestras conciencias?” Ambos papas reconocen que “el amor de Cristo está por delante de todo” y que “en el doble amor de Dios y del prójimo está presente y se lleva a cabo toda la Ley”.

Oremos para que el Espíritu Santo ilumine nuestras mentes y corazones para que podamos evitar la tentación de volvernos rígidos o inflexibles en nuestra práctica de la fe. Como discípulos misioneros dedicados, oremos también por el don de la gratitud gozosa por la muerte y resurrección de Cristo que nos han liberado para servir a Dios y a los demás.

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

Vigésimo Aniversario del 9/11

9/11 Homilía de la Misa de Recordación
Catedral Basílica del Sagrado Corazón
Septiembre 8, 2021

Mis Queridos Hermanas y Hermanos en Cristo,

¿Qué están recordando esta tarde? Junto a muchos alrededor del mundo, podemos recordar exactamente dónde estábamos en esa mañana salpicada de sol de un martes a principios de septiembre hace dos décadas. Incluso a esa distancia, no es difícil volver a experimentar el miedo, sentir la confusión, reavivar la ira ardiente que se apoderó de la nación a medida que se desarrollaban los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. La escalofriante visión de tropas vestidas con ropa de campaña patrullando aeropuertos y estaciones de tren, así como vehículos armados en las calles, están frescas, aun una generación después.



El Memorial del 9/11 en el Cementerio y Mausoleo Holy Cross en North Arlington ofrece un lugar de paz para visitas y oración.

¿A quién están recordando esta tarde? Aquí, el 9/11 fue más que una tragedia nacional para la gente. Aquí, la masacre fue personal. Muchas familias a lo largo de las líneas de Morristown, el Corredor Noreste y Raritan, padres, abuelos, hermanos y novios en comunidades que bordean el Parkway y el Turnpike, no tenían idea de que esa mañana estaban diciendo un último adiós a alguien cuya pérdida les rompería el corazón. En los días que siguieron, el fuego y el humo que coronaron las Torres arrojaron toxinas que continuarían matando mucho después de que los escombros hubieran sido eliminados.

Tal vez sus recuerdos van más allá de la Arquidiócesis o la nación, y lloran a los hombres y mujeres jóvenes que murieron o fueron mutilados en los campos de batalla en los últimos 20 años. Quizás puedan vislumbrar el enorme tsunami de violencia que desataron los eventos del 9/11, cobrándose cientos de miles de niños, mujeres y hombres. El padre Thomas Merton observó que sólo hay un ganador en la guerra. El ganador no es la justicia, ni la libertad, ni la verdad cristiana. El ganador es la guerra misma.

Hoy la Palabra de Dios nos invita a recordar. Su mensaje es sutil, tal vez fácil de pasar por alto. Permítanme tratar de introducir ese mensaje con una historia que recuerde otro tiempo, otro lugar.

Pane e vino (“Pan y Vino”) es una novela publicada unos años antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial. El escenario es Italia y en una escena memorable, una joven llora desesperadamente a su párroco: ¿qué podemos hacer? La maquinaria de muerte está en movimiento, los ejércitos de la noche están en marcha. Después de reflexionar sobre su angustia, el anciano responde: No sé qué debemos hacer. Pero sí sé esto: lo que derriba imperios malvados y priva de sueño a los déspotas es la pequeña persona que penetra en la piazza a medianoche y garabatea en una pared ;no!

Hoy la Iglesia celebra el nacimiento de María. Los Evangelios recuerdan que una joven en un pueblo remoto en la periferia del Imperio Romano concibió un niño cuyo nombre iba a ser Yeshua o Jesús, porque salvaría a su pueblo de sus pecados. ¿Cómo? Porque el hijo de María sería reconocido como Emmanuel – Dios con nosotros.

Es fácil malinterpretar el mensaje porque el Creador de este mundo es a menudo imaginado como la estrella de un éxito de taquilla de Hollywood, asistido por una impresionante cohorte de anfitriones angelicales. Y, a lo largo de dos milenios, la Madre de Dios se ha vuelto tan amada y tan venerada que puede ser fácil olvidar que solo era adolescente cuando pronunció palabras que cambiarían para siempre la historia del mundo, así como su destino. A través de sus palabras, Dios podía garabatear el ;no! de Dios al mal que oprime a mujeres y hombres, la iniquidad que busca impedir que Dios vaya a donde Dios quiere ir: el corazón humano. Por siempre.

El cristianismo ha sido menospreciado por críticos como la “adoración de la debilidad” que presenta un elenco de personajes frágiles, incluso pecaminosos. Un culto en el que el absurdo de un Dios crucificado reclama el centro del escenario. Aquellos que se esforzaron por cambiar el mundo podrían haber descartado a los discípulos de Jesús debido a su debilidad. Se dice que Joseph Stalin le preguntó a un asesor despectivamente: “¿Cuántas divisiones tiene el Papa?” Si el asesor hubiera poseído mayor coraje, podría haber respondido: “¿Cuántas necesita?”

El Papa Benedicto XVI describió así la historia salvadora que comenzó en fragilidad:

Dios no nos quitó la humanidad, sino que la comparte con nosotros. Entró en la soledad de un amor arruinado como alguien que comparte el dolor, como consuelo. Este es el camino

divino de la redención. Tal vez a partir de esto podamos entender mejor lo que significa la redención en el sentido cristiano: no una transformación mágica del mundo, no que nuestra humanidad nos sea arrebatada, sino que seamos consolados, que Dios comparta con nosotros la carga de la vida, y que ahora la luz de su amor compasivo permanece para siempre en medio de nosotros.

Debido a lo que comenzó en María, el ;no! de Dios está garabateado para siempre sobre la maquinaria de muerte y los ejércitos oscuros. Debido a que Dios se hizo pequeño y experimentó nuestra debilidad, aquellos que recuerdan cómo una mañana soleada desapareció en una noche oscura pueden ser consolados de que el mal no tiene la última palabra.

El amor salvador de Dios suplica imitación. Jesús todavía invita: ;Sígueme! María enseña el bien de largo alcance que sucede cuando una persona dice ;sí! a ese amor.

Un amigo mío a menudo dice que hoy es el segundo mejor día para plantar un árbol. La mejor ocasión fue hace treinta años. Desde 1983, el Fondo de Becas para Niños del Centro de la Ciudad ha utilizado esa lógica para imitar el amor salvador de Dios. Las semillas plantadas hace décadas dan fruto al ayudar a los padres que desean educar a sus hijos en un ambiente de fe. Su regalo será un decisivo ;no! a la marginación y un ;sí! al mensaje que salva a un mundo que sufre.

La Madre de Dios también es llamada la Madre Dolorosa. Que ella consuele a aquellos que están abrumados por la tristeza al recordar el 9/11. Que ella los guíe a la esperanza, esperanza que tiene un nombre y un rostro, Jesucristo, el Salvador del mundo.

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

El Papa Benedicto XVI nos llamó hacia una Fe que trabaja a través del Amor

Una Selección de la Audiencia General del miércoles 18 de noviembre, 2008

¿Pero qué significa la Ley de la que hemos sido liberados y que no salva? Para San Pablo, como para todos sus contemporáneos, la palabra “Ley” significaba la Torá en su totalidad, es decir, los cinco libros de Moisés. En la interpretación de los fariseos, la Torá que San Pablo había estudiado y hecho suya, era un conjunto de códigos de conducta que iban desde el núcleo ético hasta las observancias rituales y culturales que determinaban sustancialmente la identidad del hombre justo. De modo particular, incluyendo la circuncisión, las observancias acerca del alimento puro y en general la pureza ritual, las reglas sobre la observancia del Sábado, etc. Esos códigos de conducta también aparecen a menudo en los debates entre Jesús y sus contemporáneos.



Todas estas observancias, que expresan una identidad social, cultural y religiosa, habían llegado a ser singularmente importantes en el tiempo de la cultura helenística, comenzando desde el siglo III a.C. Esta cultura, que se había convertido en la cultura universal de entonces y era una cultura aparentemente racional, una cultura politeísta aparentemente tolerante, constituía una fuerte presión hacia la uniformidad cultural y así amenazaba la identidad de Israel, que se veía políticamente

obligado a entrar en esa identidad común de la cultura helenística con la consiguiente pérdida de su propia identidad, que implicaba también la pérdida de la preciosa herencia de la fe de sus padres, de la fe en el único Dios y en las promesas de Dios.

Contra esa presión cultural, que no sólo amenazaba la identidad israelita, sino también la fe en el único Dios y en sus promesas, era necesario crear un muro de contención, un escudo de defensa que protegiera la preciosa herencia de la fe; ese muro consistía precisamente en las observancias y prescripciones judías. San Pablo, que había aprendido estas observancias precisamente en su papel de defensor del don de Dios, de la herencia de la fe en un único Dios, vio amenazada esta identidad por la libertad de los cristianos y por eso los perseguía.

En el momento de su encuentro con el Resucitado comprendió que con la resurrección de Cristo la situación había cambiado radicalmente. Con Cristo, el Dios de Israel, el único Dios verdadero, se convertía en el Dios de todos los pueblos. El muro entre Israel y los paganos como él dice en su carta a los Efesios ya no era necesario: es Cristo quien nos protege contra el politeísmo y todas sus desviaciones; es Cristo quien nos une con Dios y en el único Dios; es Cristo quien garantiza nuestra verdadera identidad dentro de la diversidad de culturas. El muro ya no es necesario; Cristo es nuestra identidad común en la diversidad de las culturas, y es él el que nos hace justos. Ser justo quiere decir sencillamente estar con Cristo y en Cristo. Y esto basta. Ya no son necesarias otras observancias.

Por eso la expresión de Lutero “sola fide” es verdadera, si no se opone a la fe en caridad, al amor. La fe es mirar a Cristo, encomendarse a Cristo, unirse a Cristo, conformarse a Cristo, a su vida. Y la forma, la vida de Cristo, es amor; por tanto, creer es conformarse a Cristo y entrar en su amor. Por eso, San Pablo en la carta a los Gálatas, en la que sobre todo ha desarrollado su doctrina sobre la justificación, habla de la fe que obra por medio de la caridad (cf. Ga 5, 14).

San Pablo sabe que en el doble amor a Dios y al prójimo está presente y se cumple toda la Ley. Así, en la comunión con Cristo, en la fe que crea la caridad, se realiza toda la Ley. Somos justos cuando entramos en comunión con Cristo, que es Amor... Y la caridad es la realización de la comunión con Cristo. Así, estando unidos a él, somos justos, y de ninguna otra forma.

Un Mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza



De este modo, san Pablo nos invita también a nosotros a reflexionar ¿cómo vivimos la fe? ¿Permanece el amor de Cristo crucificado y resucitado en el centro de nuestra vida cotidiana como fuente de salvación, o nos conformamos con alguna formalidad religiosa para tener la conciencia tranquila? ¿Cómo vivimos la fe? ¿Estamos apegados al tesoro valioso, a la belleza de la novedad de Cristo, o preferimos algo que en el momento nos atrae, pero después nos deja un vacío dentro? Lo efímero llama a menudo a la puerta de nuestras jornadas, pero es una triste ilusión, que nos hace caer en la superficialidad e impide discernir sobre qué vale la pena vivir realmente.

Hermanos y hermanas, por tanto, mantengamos firme la certeza de que, también cuando tengamos la tentación de alejarnos, Dios sigue otorgando sus dones. Aun hoy, suceden cosas que se parecen a lo que le sucedió a los gálatas. También hoy algunos vienen a insistirnos una y otra vez: “No, la santidad está en estos preceptos, en estas cosas, tienen que hacer esto y aquello”, y nos proponen una religiosidad rígida, la rigidez que nos quita esa libertad en el Espíritu que nos da la redención de Cristo. Estén atentos delante de la rigidez que os proponen: estén atentos. Porque detrás de toda rigidez hay algo malo, no está el Espíritu Santo. Y por esto, esta Carta nos ayudará a no escuchar estas propuestas un poco fundamentalistas que nos llevan hacia atrás en nuestra vida espiritual, y nos ayudará a ir adelante en la vocación pascual de Jesús.

Esto es lo que el apóstol reitera a los gálatas recordando que el Padre es “el que les otorga el Espíritu y obra milagros entre ustedes” (3,5). Habla al presente, no dice “el Padre ha otorgado el Espíritu con abundancia”, capítulo 3, versículo 5, no: dice “otorga”; no dice “ha obrado”, él dice “obra”. Porque, a pesar de todas las dificultades que podamos poner a sus acciones, Dios no nos abandona, sino que permanece con nosotros con su amor misericordioso. Dios siempre está cerca de nosotros con su bondad. Es como el padre que todos los días subía a la terraza para ver si volvía el hijo: el amor del Padre no se cansa de nosotros.

Pidamos la sabiduría de darnos cuenta siempre de esta realidad y de echar a los fundamentalistas que nos proponen una vida de ascesis artificial, lejos de la resurrección de Cristo. La ascesis es necesaria, pero la ascesis sabia, no artificial.

(Una Selección de la Audiencia General del Papa Francisco, el miércoles, 1 de septiembre, 2021)

Mi Oración para Ustedes

Enséñanos a ser sabios, Padre Amoroso, y a reconocer que siempre envías tu Espíritu para enseñarnos la Ley del Amor. Ayúdanos a evitar el tipo de ascetismo artificial que endurece nuestros corazones y nos impide ser amables y compasivos con los demás. Que seamos justos no aferrándonos a las costumbres o leyes, sino entrando en comunión con Cristo que es Amor.

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

